

## CUÁN VERDE ERA MI VALLE

(MEDITACIONES SOBRE UN LADRILLO, UNA MAMPARA Y UNA BALDOSA)

GUSTAVO BUNTINX

–I–

Las palabras “lujuria” y “lujo” comparten una misma raíz latina.

*Luxus*, dicen, habría primero aludido a los brotes torcidos en el tronco de algunas plantas.

Luego el término se aplicó al exceso de aquellas presencias desviadas. Y por último a toda desmesura en el refinamiento.

Ese “lujo”, esa “demasia en el adorno, en la pompa y en el regalo”,

como pulcramente nos instruye la docta Real Academia Española.

Una deformación que se transforma en estilo.

Como el barroco, nombre originalmente acuñado para ciertas perlas preciosas por imperfectas.

Pero *luxus* significa también “dislocado”, en asociación probable con el verbo *luctari*, o “luchar”.

Alianza y lucha de sentidos cifrados en el hechizo de las palabras.

Otra histeria: una palabra atrapada en el cuerpo.

También en el cuerpo deseante del arte.

Este arte, esta artífice

–Cecilia Noriega Bozovich–

reconstruyendo una casa imaginaria

para el hogar fácticamente acribillado.

El hogar personal.

Pero también el no menos propio, no menos doloroso,  
de la comunidad inimaginada.  
La nación inexistente.  
La patria, la patria.  
Por regenerar.

–II–

Se apaga en el Perú una década de rutilancias.  
De dispendios impresionantes en algunos sectores.  
También de ilusiones grandes,  
desbordadas por la corrupción de los sentidos, del sentido mismo.  
El blanco prístino que entre nosotros trastoca sus connotaciones impolutas  
por las de la corrupción narcotizante que todo lo penetra y envilece.  
Empezando por su propia materia prima. De la coca a la cocaína.  
De la hoja sagrada al clorhidrato estupefaciente.

El lumpencapitalismo que perversamente se articula desde la estructura misma del goce.  
Y de las culturas originarias.  
La liberación hedónica y la ritualidad andina, trastornadas en instrumentos de opresiones nuevas.

La contaminación generalizada de los poderes públicos.  
La desmoralización de la clase política.  
La instrumentalización de pueblos que devienen mesnadas.  
Los cadáveres esporádicos entre los desperdicios del otrora río Rímac.  
De tantos ríos otros.  
La profanación de la tierra.

Cuán verde era mi valle:

siempre será fantaseable la sacralidad nativa ya exaltada desde el arte por las ofrendas amorosas de Carmen Reátegui.  
O por el amoroso respunteo vegetal con que Marta Arroyave cose un *manto cocario*,  
una *pampa*, a su preciso decir.

Pero esas imágenes icónicas de hace apenas un lustro  
encuentran ahora un correlato demasiado actual en las transparencias turbias  
de los polímeros con que Noriega Bozovich atrapa hojas de coca y casquillos de balas  
para hacer de ellos un ladrillo, una baldosa, una mampara.

Un ara:  
esa “losa o piedra consagrada, que suele contener reliquias de algún santo”,  
concebida para la celebración de la eucaristía (RAE).  
Una “primera piedra” para la construcción de una iglesia.

Una *ecclesia*:  
no un edificio sino una comunidad,  
postulada aquí desde la paradoja de esta belleza constructiva obtenida con los signos de su destrucción.  
El metal quemado, el vegetal marchito,  
pero enaltecidos ambos por los acrílicos que los aprisionan y al mismo tiempo los exaltan.

Como en el ámbar,  
la resina de árboles fósiles donde se transparentan insectos o plantas capturadas en tiempos prehistóricos.  
Vidas detenidas que ahora devienen joyas excéntricas por su cárcel tornasolada.

Hay una analogía sugerente entre esa mineralización de lo orgánico  
y el lujo que Noriega Bozovich erige desde la degradación de lo sagrado.  
Una sacralidad que sin embargo persiste como latencia:  
atención a las connotaciones áureas de las hojas doradas por el envejecimiento.  
Y a las energías retenidas en esas prisiones:  
es desde la palabra griega para el ámbar que por primera vez se nombra la electricidad.

Atención también a la inquietante extrañeza de la materialidad así contenida.  
Así reprimida:  
aquello que nos es tan familiar y propio pero se desconoce y se niega  
vuelve para desestabilizarnos con un reconocimiento desplazado.  
Y siniestro. *Unheimlich*.

–III–

“No existe documento de civilización que no sea al mismo tiempo un documento de barbarie”,  
escribe Walter Benjamin.  
Y suscriben estas obras desde el efecto de perturbación logrado por su agresiva ostentación de belleza,  
por su lujo dislocado.  
Que es el de una guerra ignorada sobre cuyos frutos se erige la prosperidad falaz de nuestros tiempos.

Esa violencia es el ámbar, el magma que nos congela y nos reluce.

¿Soy ciudadana o soy inquilina de este país nuestro?,  
se pregunta Cecilia ante la noche que sobre nosotros asoma.  
Tal vez apenas materia orgánica atrapada en los desbordes petrificados de sus resinas.  
Históricas.

[FIN]